

Fantasma sin castillo

Por Jaime Melendres

Nada más entrar en el cuarto de baño de mi celda en el castillo de la Mota, quedé absorto ante un cartel mecanografiado que contenía uno de los consejos más sabios y sorprendentes que jamás he oído o leído: «Meta en el depósito del wáter una botella de litro y medio y así ahorrará esta misma cantidad cada vez que lo vacíe». Pensé que ni el mismísimo Brecht habría podido encontrar una paradoja tan elegante y eficaz (echando agua al agua se ahorra agua), de modo que bajé a Medina del Campo, compré una botella (sin gas) y la deposité (nunca mejor dicho) en el depósito. Y en seguida, al ver la botella con el agua hasta el cuello -por dentro y por fuera-, comprendí que el cartel, además de la paradoja, contenía una metáfora muy apropiada para la ocasión que allí nos reunía: ¿la botella era como la crítica sobre la que íbamos a debatir, es decir, un recipiente cerrado metido dentro de otro recipiente mayor, cuyos contenidos, aun siendo de la misma naturaleza, no tenían la ocasión de entremezclarse? ¿O acaso era al revés? ¿Acaso los creadores son la botella y la crítica es el líquido -el humor en el sentido aristotélico- que los rodea?

Fuese cual fuese la respuesta -pensé-, la imagen podía proporcionarme un decente motivo de entretenimiento intelectual para llenar las largas noches del castillo. Largas por dos razones. En primer lugar porque empezaban a las diez p.m., sin ni siquiera la posibilidad de tomarse un café descafeinado. Y en segundo lugar por-

que, contra todo pronóstico, aun tratándose de un castillo de pasados tan siniestros, tan repleto de cadáveres femeninos, allí no había fantasmas.

Esta fue la gran sorpresa del encuentro: las sombras ensabanadas de ciertos señores a quien todos conocemos y odiamos (profunda y cautelosamente) no transitaban jamás por las almenas, los pasillos, los fosos, las altas estancias de la noble fábrica. Quiero dejar constancia de ello porque, al margen del valor de cada una de las intervenciones, era la primera vez que eso ocurría en suelo hispano, según mi modesta (aunque ya larga) experiencia. Lo que hubiese podido convertirse en una nueva edición de *La venganza de don Mendo*, en una nueva e inútil operación de acoso y derribo, se transformó en un civilizado intercambio de argumentos sobre la necesidad que el teatro siente de ser, al mismo *theoria (theatron)* por partida doble.

Tal vez fue así porque allí, en el castillo de la Mota, sólo había (salvo una excepción) personas que alguna vez habían ejercido la crítica periodística y que ahora, lejos de la urgente actualidad, seguían reflexionando sobre los misterios de la creación teatral, participando en ella como dramaturgos, como directores. O como investigadores que desde fuera, intentan descubrir los móviles y los modos de un crimen de lesa imitación. Naturalmente, antes de abandonar mi celda, vacié la botella de agua (sin gas) en el depósito del inodoro, tiré de la palanca y esperé a que volviese a llenarse.